NEW LEFT REVIEW 106

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2017

EDITORIAL

Daniel Finn — Lusoanomalías 7

ENTREVISTA

Catarina Martins — El experimento portugués 37

DEBATE

Nancy Fraser — ¿Una nueva forma de capitalismo? 61

Luc Boltanski y Arnaud Esquerre — Enriquecimiento, beneficio, crítica 71

ARTÍCULOS

Marco D'Eramo — La ciudad no tan eterna 83

Sven Lütticken — Las personas de Hegel 115

CRÍTICA

Wang Chaohua — La primera revolución de China 137

Nikil Saval — El extrañamiento de dos islas 155

Tor Krever — Expertos espectrales 171

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO 25M DEMOCRACIA

tds traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

MARCO D'ERAMO

LA CIUDAD NO TAN ETERNA

Roma es una ciudad increíblemente engañosa: siempre parece ser algo que no es. Parece antigua, pero en realidad es moderna; parece que nunca cambia, pero en cincuenta años ha liquidado vestigios milenarios y trastocado la geografía de la mitad de la región circundante. Parece ser una ciudad que tiende a la izquierda, que la ha gobernado durante veinticinco de los últimos cuarenta años, aun cuando ha sido una placa de Petri para experimentos neoliberales *à la* Blair, aderezados con salsa del Tirreno. Pero quizá la lección más instructiva de la capital italiana consista en mostrarnos cómo y por qué aquella que un día fue considerada «la más fuerte e inteligente izquierda de Europa» se ha derretido como la nieve bajo el sol. Que Roma es engañosa está ya inscrito en su sobrenombre más famoso: «la ciudad eterna». En realidad, aunque fue fundada hace dos mil setecientos setenta años (según el mito de Rómulo y Remo), el 92 por 100 de la ciudad es, no ya moderno, sino contemporáneo, producto de la masiva inmigración reciente, tal y como en su día lo fueron Chicago o Manchester. Si en la época imperial clásica Roma fue la mayor metrópolis del planeta, llegando al millón y medio de habitantes en el siglo II d. C., en la época tardo-medieval había encogido hasta adoptar el tamaño de una pequeña ciudad de no más de 30.000 habitantes. Hacia el año 1600 la población se había recuperado hasta los 110.000, manteniéndose en torno a 170.000 habitantes durante los siglos siguientes. Cuando las tropas piamontesas entraron en estampida en la ciudad en 1870, poniendo fin al Estado Vaticano –que por entonces contaba 200.000 habitantes– Roma era solo la cuarta ciudad más grande de Italia, por detrás de Milán, Nápoles y Génova.

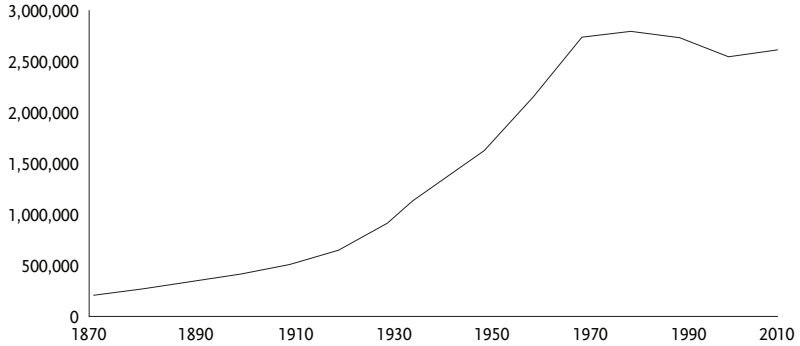
En la Italia recién unificada, el poblachón en que se había reducido la *Roma caput mundi* de la Antigüedad, fue repoblada con funcionarios venidos del norte del país y con trabajadores y trabajadoras procedentes del sur y de los Apeninos, contratados como albañiles en las nuevas obras que proliferaban por toda la ciudad o bien como sirvientas domésticas para hogares pequeño-burgueses de cuello blanco. Tal y como se muestra en el gráfico, tuvo un crecimiento sostenido durante casi un siglo: en 1950, por primera vez en casi 2.000 años, la ciudad recuperó los niveles de población de la Antigüedad. En 1971, justo cien años después de la unificación de Italia, alcanzó el pico de 2,8 millones de habitantes.

El gráfico no obstante no transmite bien la idea de la enormidad del *boom* de posguerra. Entre 1945 y 1970, la población de Roma casi se triplicó; los urbanistas proyectaron que crecería hasta los cinco millones durante las décadas siguientes. En aquel momento, y con semejante tamaño, Roma se había convertido en un jugador de la primera división de las ciudades globales. Cuando visité Turquía por primera vez, en 1971, Estambul, con 2,7 millones de habitantes, estaba menos poblada que Roma. Teherán, con 3,3 millones, Dehli con 3,5 millones y Yakarta con 3,9 millones, eran comparables en tamaño. Hoy en día Teherán tiene 8,6 millones de habitantes, Estambul, 14,6 millones, Dehli, 16,8 millones y Yakarta, 10,7 millones, mientras que todo el área metropolitana de Roma –más allá de la ciudad propiamente dicha– no supera los 4,4 millones de habitantes. Madrid tiene 6,3 millones. Roma es la ciudad más densamente poblada de Italia, pero si nos atenemos al tamaño queda emparejada con algunas de las más modestas ciudades provinciales de China, y está en el mismo rango que el gran Boston, que cuenta con 4,7 millones de habitantes.

El *boom* demográfico que tuvo lugar después de la Segunda Guerra Mundial coincidió con el *boom* económico. De la misma forma, el estancamiento de su población durante los últimos veinticinco años coincide con el estancamiento económico en el que Italia se hundió una vez terminada la Guerra Fría, durante la cual el imperio estadounidense reservaba un trato especial a sus tierras limítrofes: debían ser *success stories*, es decir, un escaparate atractivo para vender el capitalismo occidental. El crecimiento económico también era necesario para neutralizar la fuerza de la izquierda en algunos de estos países fronterizos de la línea del frente. De esta forma, hubo un *boom* italiano y un milagro japonés (y otro surcoreano). De hecho, durante la Guerra Fría las historias de Japón e Italia corrieron en muchos sentidos paralelas: ambos

países tuvieron regímenes autoritarios en los años de entreguerras, ambos fueron derrotados en la Segunda Guerra Mundial, ambos experimentaron un milagro económico después del conflicto (Japón repuntó con más fuerza que Italia, pero en términos relativos sus progresos fueron comparables), ambos fueron gobernados de forma continuada por un mismo partido (los liberal-demócratas en Japón y los democristianos en Italia). En ambos, el crimen organizado sigue siendo notorio (la *yakuza* en el país del sol naciente, la mafia y la camorra en el *bel paese*); en ambos, los altos niveles de corrupción se han hecho endémicos; y desde el fin de la Guerra Fría, las economías de ambos países no han llegado realmente a recuperarse[1].

GRÁFICO 1: *Población de Roma, 1871-2011*



Fuente: Istituto nazionale di statistica (Istat)

Durante la Guerra Fría, Italia podía hacer casi cuanto quería: endeudarse (nadie parecía prestar demasiada atención a ello), desencadenar la inflación y recurrir a la devaluación, entrar en connivencia con la mafia (la Democracia Cristiana dependía de ella en Sicilia) y seguir un camino

[1] Sobre los destinos paralelos de Italia y Japón tras la Segunda Guerra Mundial, véase Richard J. Samuels, *Machiavelli's Children: Leaders and Their Legacies in Italy and Japan*, Ithaca (NY), 2005. La trayectoria de Estambul fue en dirección contraria a la de Roma, también como resultado de la Guerra Fría. Mientras las dos superpotencias existieron, una ciudad en el Bósforo representaba el final de la línea del frente, un *cul-de-sac* más allá del cual caía el telón de acero. Con la desintegración de la URSS, Estambul se encontró con nuevos vecinos al Este –las antiguas repúblicas soviéticas, con las que compartía orígenes lingüísticos, étnicos y culturales–, así que la ciudad pasó de ser una mera estancia condenada de Occidente, a ser la encrucijada de tres continentes.

anómalo de capitalismo de Estado, cuyo pionero fue Alberto Beneduce bajo el fascismo[2].

En los años de posguerra, la anomalía del «caso italiano» en materia de mercado inmobiliario era patente, sobre todo en Roma. Para empezar, a diferencia de otros países europeos, en Italia nunca se produjo un intento serio de construir vivienda pública. Hoy en día la institución de la vivienda pública (la IACP) constituye solo el 2,7 por 100 del parque total de viviendas, mientras que las cooperativas de la construcción o las viviendas socializadas representan un mero 1 por 100[3]. Además, la contribución del Estado ha disminuido con el tiempo: a día de hoy, la nueva vivienda pública representa solo el 0,5 por 100 de la construcción en marcha. En un país en el que el gasto público constituye cerca de la mitad del PIB, el Estado no solo ha dejado un área clave de su economía y de su sociedad en manos de los intereses privados, sino que ha permitido la total desregulación de este mercado. La rendición completa del Estado ante el sector de la construcción ha sido comparada con una especie de 18 Brumario, llevado a cabo por lo que Valentino Parlato denominó en su día el «bloque inmobiliario», compuesto por los vestigios de la aristocracia terrateniente, los consorcios financieros, empresarios aventureros, oficiales retirados, propietarios de apartamentos, profesionales de alto nivel, funcionarios públicos encadenados a alguna ruinosa residencia, burócratas y políticos corruptos, pequeños ahorradores en busca de una reserva que sus pensiones jamás podrían aportar, grandes empresas, contratistas e intermediarios». De este gran ejército, los soldados de a pie son los propietarios de vivienda[4]. En 1951 estos sumaban 4,3 millones; en 1961 se habían convertido en 6 millones, y en 1971 eran ya 7,6 millones. A día de hoy son 18,5 millones los italianos propietarios de su vivienda, lo que equivale a más del 70 por 100 de las familias italianas.

---

[2] La figura de Beneduce (1877-1944) es emblemática: fue masón y socialista (Idea Nuova Socialista, Vittoria Proletaria e Italia Libera fueron los nombres que eligió para sus tres hijas), intervencionista en la Primera Guerra Mundial, consejero de confianza de Mussolini y finalmente senador del Reino durante el fascismo. En 1933 fundó y presidió el organismo público Istituto per la Ricostruzione Industriale (IRI), que rescató empresas golpeadas por la crisis. Más tarde fue suegro de Enrico Cuccia, presidente de Mediobanca y verdadero *deus ex machina* del capitalismo italiano de la posguerra, que contrajo matrimonio con Idea Nuova Socialista en 1939.
[3] Istat, *Annuario statistico 2015*.
[4] Valentino Parlato, «Il blocco edilizio», *Il Manifesto*, núm. 3, marzo-abril de 1970, p. 30.

«Abusivismo»

A medida que Roma creció, pasando de uno a tres millones de habitantes, la total ausencia del Estado en este área encontró su expresión en un fenómeno prácticamente desconocido en otros países –de hecho, no hay palabra para referirse a él en francés, inglés o alemán–, pero que en Italia es una realidad aplastante, crónica y estructural: el *abusivismo*, un término que no requiere de ningún adjetivo para especificar de qué tipo de abuso se está hablando. Lo que designa es todo tipo de actividad de construcción ilegal, llevada a cabo sin permiso o violando la normativa vigente, los reglamentos o las ordenanzas de seguridad, y a menudo sin dejar siquiera constancia en el catastro. Se trata de actividades que abarcan desde infracciones leves, tales como cerrar un balcón para crear o ampliar una habitación, elevar un tejado de un edificio preexistente para ganar una o dos plantas, o levantar una chabola en el extrarradio, hasta la erección de enormes naves industriales y la creación de barrios enteros de bloques de apartamentos de diez plantas.

Por increíble que pueda parecer, en una fecha tan tardía como 1966 el 90 por 100 de las municipalidades italianas carecían de *cualquier* plan de desarrollo urbano[5]. El sector de la construcción se regía (se rige) por un absoluto *laissez-faire*. En esta materia, como en tantas otras, uno debe distinguir entre el norte y centro de Italia, por un lado, donde el *abusivismo* se limita a pequeños proyectos, y por el otro Roma y el sur del país, donde el *abusivismo* es la norma y la construcción legítima, la excepción. El *abusivismo* tiene en Roma dos componentes y fases claves. El primero tiene que ver con la migración: un trabajador de la construcción se muda del campo a la ciudad y construye su propia casa durante su tiempo libre y en secreto. Este componente, que tuvo su importancia durante la primera fase de la expansión demográfica de la ciudad, lo podemos definir como un «*abusivismo* de necesidad», dada la completa incapacidad del Estado de ofrecer viviendas a una población en rápido crecimiento.

Decenas de miles de inmigrantes llegaban a la capital cada año y, literalmente, tenían que acampar en *borgate* y *borghetti* (otros dos términos intraducibles), que eran básicamente poblados de chabolas de hojalata sin agua corriente, tuberías, alcantarillado ni electricidad. Estas barriadas eran el equivalente romano a lo que en Centroamérica se conoce

---

[5] Paolo Berdini, *Breve storia dell'abuso edilizio in Italia, Dal ventennio fascista al prossimo futuro*, Roma, 2010, p. 6.

como *invasiones*, es decir, oleadas masivas de inmigrantes rurales que llegan a las ciudades, pero muy especialmente se parecen a los *gecekondu* de Estambul: las cabañas y chabolas que instalaban durante la noche los inmigrantes provenientes de lo más profundo de Anatolia hasta la década de 1980. El término *gecekondu*, de hecho, se compone de *gece*, que significa «durante la noche», y *kondu*, que significa asentamiento. De una noche para otra, poblados de chabolas de más de 10.000 residencias brotaban a lo largo del Bósforo, en terrenos donde antes no había nada. Con el tiempo, de forma paulatina, los propietarios fueron construyendo paredes sólidas de ladrillo y cemento alrededor de sus chabolas, después un tejado, e incluso quizá un pequeño jardín en la parte de atrás. Más tarde volveremos sobre las similitudes que hay entre las *borgate* romanas y los *gecekondu* de Estambul[6], pero podemos hacernos una idea visual –un poco folclórica, pero esencialmente certera– de cómo era el mundo de las *borgate* romanas a partir de la película *Brutti, sporchi e cattivi*, de Ettore Scola, que ganó el premio al mejor director en Cannes en 1976.

El segundo componente del *abusivismo*, presente desde hace mucho pero dominante desde el momento en que la expansión demográfica comenzó a reducirse y la población de Roma a encogerse, es la especulación inmobiliaria por parte de determinados promotores, grandes y pequeños, que se conocen con el término, de nuevo bastante intraducible, de *palazzinari*[7]. A lo largo de la historia moderna de Roma, a menudo con la complicidad tácita, cuando no con el consentimiento explícito de sus autoridades municipales, incluyendo las de la izquierda, los *palazzinari* han venido ignorando absolutamente todas las normativas sobre calificación del suelo, así como las restricciones sobre planificación urbanística y construcción. Tal y como escribe Paolo Berdini, que en 2016 ejerció de planificador urbano durante siete meses para el Ayuntamiento de Roma gobernado por el Movimento Cinque Stelle (M5S):

---

[6] Sobre este tema y sobre todas las referencias que se hacen a continuación a la política del *gecekondu*, véase Doug Saunders, *Arrival City: How the Largest Migration in History Is Reshaping Our World*, Nueva York, 2011, pp. 161-196.

[7] La anomalía del urbanismo romano encuentra su expresión en estos términos intraducibles: *borgata* (que originalmente quería decir simplemente «poblado», pero adquiere su sentido peyorativo durante la época fascista); *borghetto* (o *borgata* de chabolas); *villino* y *palazzina* (dos tipos de construcciones destinadas a gente un poco más pudiente); *palazzinaro* (que en un principio designaba al tipo de promotor especializado en *palazzine*, pero que ahora se refiere a cualquiera que se dedique al negocio inmobiliario).

> Roma ostenta el título de capital del *abusivismo* italiano, tanto porque los romanos fueron quienes inventaron esta práctica, que llevan tolerando desde las décadas de 1920 y 1930, como porque Roma tiene, en términos absolutos, el mayor número de barrios que son *abusivi*. Cuando, entre 1962 y 1965, se realizó un gran esfuerzo de planificación urbana, se comprobó que había cuarenta y cuatro zonas que simplemente no existían en el plan urbanístico, fechado en 1931. Estas zonas fueron bautizadas como «áreas a reconstruir». En 1978, se descubrieron otras ochenta y cuatro *borgate* que habían crecido como champiñones, en la más completa ilegalidad. Se las designó como «Recuperación Urbana O». En 1997, otras setenta y seis áreas ilegalmente construidas recibieron la aprobación municipal [...] y se confió su rehabilitación a los mismos consorcios que los habían levantado en primer lugar. En total, estas áreas ilegales recién aprobadas ocupaban un espacio superior a los 100 kilómetros cuadrados, mientras que el total de la superficie construida de Roma ronda los quinientos kilómetros cuadrados. En otras palabras, el 20 por 100 de la capital de Italia es completamente *abusivo*[8].

Fantasía legislativa

Hay un estrecho vínculo entre el *abusivismo* y la evasión fiscal, y ello no simplemente porque nadie paga los impuestos derivados de sus construcciones ilícitas ni de la rentas que de ellas obtienen, sino porque estas dos formas de ilegalidad constituyen las fuentes más importantes de una economía sumergida que en Italia es anormalmente grande, dado que se calcula que representa entre el 20 y el 30 por 100 del PIB[9]. También, sin embargo, en la medida en que ambas se consideran características estructurales del paisaje italiano, no modificables por la acción de los gobiernos ni de los partidos, tampoco de los de izquierda. La consecuencia lógica es que tanto la evasión fiscal como la construcción ilegal se condonan periódicamente previo pago de una multa relativamente insignificante, con el pretexto de que el Estado necesita liquidez para aliviar sus vaivenes financieros. En 1973, 1982, 1991, 1995, 2003 y 2009

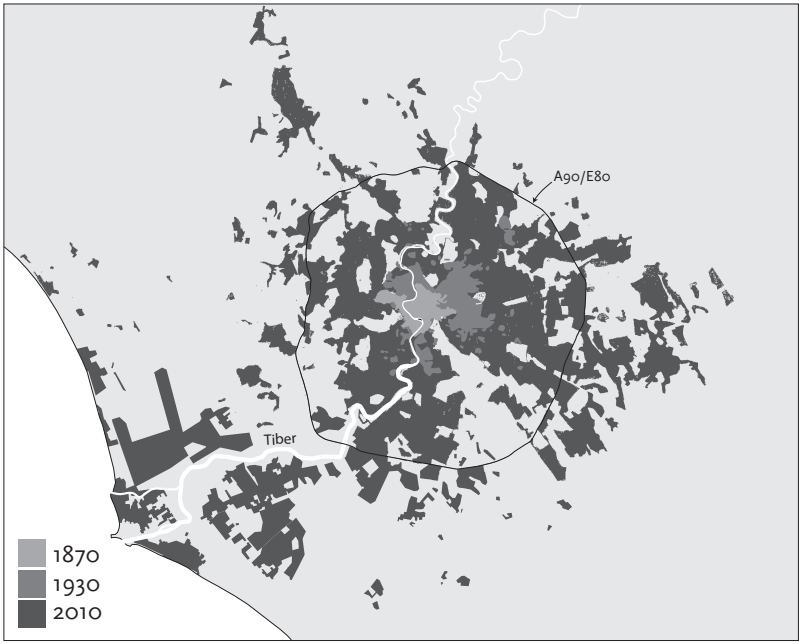
---

[8] Véase la entrada *Abusivismo* en el «glossario dell'urbanistica romana», incluido en el apéndice a Italo Insolera, *Roma moderna. Da Napoleone I al XXI secolo* (decimoquinta edición, enriquecida con la colaboración de Paolo Berdini), Turín, 2011, p. 348. El libro de Insolera es la obra de referencia sobre historia urbana moderna de Roma. Mi agradecimiento a Berdini por sus esclarecedores comentarios y por facilitar para este ensayo los mapas que muestran la expansión de la superficie romana construida.

[9] Vittoria Patanè, «Evasione fiscale in Italia e in UE: percentuali, dati e numeri da incubo», *International Business Times*, 29 de enero de 2016.

se aprobaron leyes de amnistía fiscal. Renzi estaba a punto de aprobar otra más, con el propósito de seducir, para que regresaran al país, capitales exportados ilegalmente al extranjero, cuando dimitió como primer ministro tras el fracaso de su tentativa de amañar la Constitución en su favor en diciembre de 2016. En 1985 se declaró una primera amnistía para todas las construcciones ilegales, cuando 3,9 millones de personas solicitaron exoneraciones para los años comprendidos entre 1948 y 1983. Una segunda ley de amnistía fue aprobada en 1995, con otras 300.000 solicitudes de perdón para el período comprendido entre 1984 y 1993. Y una tercera fue decretada en 2003, con otras 400.000 solicitudes para la década subsiguiente.

Expansión de la superficie construida de Roma, 1870-2010



Cada una de estas amnistías ofrece nuevas oportunidades y alicientes para la evasión fiscal y el *abusivismo*, ya que los defraudadores fiscales y los constructores ilegales saben que sus delitos serán conmutados por una simple multa. Por si fuera poco, los sucesivos perdones suponen una gravosa pérdida neta para el Estado, que se ve obligado a suministrar toda la infraestructura (electricidad, gas, agua corriente, alcantarillado, carreteras) para los barrios ilegalmente construidos: las autoridades

públicas terminan pagando cinco veces la cantidad que ingresan por las multas que imponen[10]. No es casual que dos de las tres amnistías decretadas para los abusivos, y tres de las seis decretadas para los evasores fiscales, fueran emitidas bajo los gobiernos de Berlusconi, que propagó el eslogan «en su casa cada uno es el rey», e incitó a los italianos, a través de sus canales de televisión, a que evadieran impuestos.

Un ejemplo que ilustra bien la apasionada fantasía legislativa de los italianos y la ambigua relación que tiene su República con la legalidad es, sin ir más lejos, el imaginativo dispositivo que incluye la amnistía de 1985, casi único en el mundo entero: la regla del silencio administrativo positivo. Ante el aluvión de más de cuatro millones de solicitudes de conmutación, los gobiernos locales quedaron desbordados, y no eran capaces de decidir qué infracciones debían perdonar[11]. De modo que, con un ingenio exuberante e itálico, en 1990 se aprobó una ley que estipulaba que mientras no se tomara una decisión, «el silencio por parte de la Administración en cuestión equivale a una aceptación de la solicitud». En otras palabras: si un ciudadano solicita un perdón por parte del Estado y el Estado no responde, el ciudadano puede considerarse a sí mismo perdonado. En la isla de Ischia, donde viven un total de 21.817 familias residentes, se presentaron 24.000 solicitudes de conmutación de *abusivismo*, de las cuales la mayor parte aún no han sido procesadas.

Un hecho curioso es que, aunque el *abusivismo* esté mucho más extendido en el centro y sur de Italia, en 1985 las solicitudes de conmutación fueron más numerosas en el norte del país, prueba de que allí donde hay una cultura de la ilegalidad, la gente que incumple la ley no tiene miedo de las consecuencias, tan seguros como están de su impunidad. Así, en 1986 más de 30.000 manifestantes sicilianos marcharon sobre Roma para protestar por la amnistía para las construcciones ilegales concedida el año previo, con el argumento de que la multa impuesta para la conmutación era demasiado elevada. La manifestación estaba apoyada por un sector significativo del Partido Comunista Italiano, que, por boca del senador Lucio Libertini, acusó a sus oponentes de tener una « jacobina mentalidad ilustrada-radical», que únicamente pretendía «construir una "ciudad del sol"

---

[10] P. Berdini, *Breve storia dell'abusivismo*, cit., p. 123.

[11] En 2013, de las cerca de 600.000 solicitudes de conmutación presentadas en Roma relativas a los tres periodos (12 por 100 del total nacional), había todavía 200.000 expedientes por procesar, de los cuales 130.000 relativas al primer periodo de 1986, veintiocho años atrás. Véanse los *Rapporti: Abusivismo Oggi*, editados por Legambiente.

sobre el papel, ignorando el contraste entre tales esquemas y los deseos y las prácticas reales de la gente común»[12]. Los intelectuales más reputados se pronunciaron también a favor del *abusivismo*:

> En 1983, en el Castel Sant'Angelo, se organizó una exposición titulada la ciudad espontánea, donde se comparaba Roma con Argel, Túnez, El Cairo, Maputo, Bogotá y Ciudad de México. El catálogo incluía textos firmados por periodistas y urbanistas de primer orden, muchos de los cuales se mostraban favorables a las prácticas de construcción ilegales (que para la ocasión pasaban a ser construcciones «espontáneas»). Estos intelectuales veían en el *abusivismo* expresiones positivas del gusto y de la iniciativa popular, una redistribución democrática de la renta e incluso una libertad frente a la opresión burocrática y los excesivos rigores de la planificación urbanística[13].

En la geografía política del periodo de posguerra, las *borgate* romanas, caracterizadas por construcciones ilegales masivas y a gran escala, fueron siempre un baluarte del PCI, a pesar del hecho de que en Roma había muy pocos obreros de fábrica: se ha aducido que bajo el fascismo y durante el largo reinado de los democristianos, la capital se dejó sin industrializar adrede, para asegurar que no hubiera conflicto de clases cerca de los ministerios gubernamentales y de los palacios del poder[14]. Por un efecto de compensación, la construcción pasó a ser la industria más importante de la ciudad, como sigue siendo el caso hoy en día. Los obreros de la construcción se contaban a menudo entre las filas del PCI, junto a los trabajadores del ferrocarril y a otras categorías proletarias del sector público, si bien el Partido también contaba con el apoyo del extenso subproletariado de la ciudad, que con tanta viveza describió Pasolini en sus novelas *Ragazzi di vita* (1955) y *Una vita violenta* (1959), así como en su película *Accattone* (1961).

La llegada de los ayuntamientos «rojos»

A partir de 1968 y por el espacio de varios años, las fuerzas más combativas en las luchas populares de Roma provenían de los habitantes de estos asentamientos de rentas bajas. Al igual que sucedía en otras ciudades italianas, el centro de Roma y las áreas adyacentes votaban a la derecha o a los democristianos (y a sus aliados del momento), mientras

---

[12] Lucio Libertini, aludiendo a la utopía de Tommaso Campanella, del siglo XVII: véase «Casa, amata casa», *Nuova Società*, junio de 1980, p. 170.
[13] Vezio De Lucia, *Nella città dolente. Mezzo secolo di scempi, condoni, e signori del cemento dalla sconfitta di Fiorentino Sullo a Silvio Berlusconi*, Roma, 2013, p. 142.
[14] I. Insolera, *Roma moderna*, cit., p. 86.

que, como en París, los extrarradios eran profundamente rojos. El legado de aquel periodo de disturbios y descontento fue la pérdida por parte de los democristianos, a mediados de la década de 1970, del control de regiones y ciudades importantes del país. Turín, Génova, Florencia y Nápoles eligieron todas a un alcalde comunista, mientras que Milán eligió a uno socialista. Era la época de las llamadas *giunte rosse*, «ayuntamientos rojos», es decir, todos aquellos en los que se pudo mantener al partido demócrata-cristiano fuera del gobierno de la ciudad, normalmente gracias a una coalición de comunistas (PCI), socialistas (PSI) y eventualmente otros pequeños partidos centristas, como los republicanos (PR) o los socialdemócratas (PSDI), que a escala nacional eran los miembros *junior* de los gobiernos democristianos. En Roma, las *borgate* instalaron el primer gobierno municipal rojo (una coalición entre el PCI, el PSI y el PSDI), que a su vez nominó para alcalde a un reputado historiador del arte, Giulio Carlo Argan, si bien las riendas del poder las tenía bien sujetas el secretario de la Federación romana del PCI, Luigi Petroselli (1932-1981). Petroselli fue nombrado alcalde tras la renuncia de Argan en 1979 y fue reelegido triunfalmente en 1981, si bien moriría de un infarto algunos meses más tarde. Proveniente de una familia de clase obrera (su padre había sido un tipógrafo comunista)[15], Petroselli fue uno de los alcaldes de la Roma moderna más queridos de Italia. El único alcalde que se ganó un respeto aún mayor fue el republicano anticlerical, francmasón y judío, Ernesto Nathan (1845-1921), nacido y criado en Londres por un padre alemán y una madre italiana (de Pesaro), y que fue el único alcalde de Roma, entre 1907 y 1913, en desarrollar un plan urbanístico para la ciudad.

La izquierda ocupó la alcaldía de Roma entre 1976 y 1985. Sin embargo, el balance de aquellos años no fue espectacular. Cierto, la tarea que la izquierda tenía ante sí era «inmensa», y «se abordaron algunos problemas con energía: se demolieron chabolas; se construyeron nuevas aulas y escuelas para que los alumnos no tuvieran que estudiar por turnos; se mejoraron los servicios y los alcantarillados en los extrarradios; y se inauguró el primer servicio de metro auténtico»[16]. Se crearon dos oficinas urbanas especializadas: una para el mejoramiento de las *borgate*, y otra

---

[15] Ella Baffoni y Vezio De Lucia, *La Roma di Petroselli. Il sindaco più amato e il sogno spezzato di una città per tutti*, Roma, 2011, pp. 49-55.

[16] I. Insolera, *Roma moderna*, cit., p. 305. E. Baffoni y V. De Lucia nos facilitan rápidamente las estadísticas: «1.200 kilómetros de tuberías de agua y 1.000 de alcantarillas, 345 kilómetros de electrificación, 5.000 aulas, 150 guarderías (con anterioridad había solo 26), 55 polideportivos para adultos, 100 instalaciones deportivas»: *La Roma di Petroselli*, cit., p. 43.

para la restauración del centro histórico de la ciudad. Un nuevo impulso a la vivienda pública supuso la inauguración del Corviale (una estructura única de 1.200 apartamentos) y la construcción, en el terreno antes ocupado por una *borgata* ilegal, de Tor Bella Monaca, un barrio popular con servicios, infraestructuras y nuevas torres de apartamentos, que, sin embargo, entraría en franco deterioro en las décadas siguientes.

Con todo, el hecho es que la izquierda, en lugar de combatir el *abusivismo*, optó por intentar gestionar los desechos derivados del mismo y limpiar los barrios que habían surgido al socaire de dicha práctica: «Hacer bien lo que otros han hecho mal» terminó convirtiéndose en la filosofía del ayuntamiento de izquierda, en lugar de «hacer cosas diferentes y crear una ciudad distinta»[17]. Luego, cuando la izquierda recuperó el gobierno, entre los años 1993 y 2017, la divisa se volvería aún más minimalista: «Hacer menos mal lo que otros hicieron de pena».

A lo largo de este extenso periodo, la regularización de las *borgate*, dando a los *borgatari* acceso a la propiedad de sus residencias, revolucionó la geografía política de Roma. Si el centro de la ciudad había votado históricamente a la derecha (a los neofascistas del MSI y a los liberales del PLI, o bien a los democristianos y a sus aliados), y las *borgate* y el extrarradio votaban a la izquierda, los trabajadores transformados en propietarios de sus viviendas viraron políticamente a la derecha, mientras que en las elecciones más recientes los parados, el proletariado marginado y el subproletariado urbano abandonaron al enésimo avatar del antiguo PCI en favor de Beppe Grillo y su M5S[18]. Hoy en día los apoyos del Partido Democrático (la etiqueta actual de lo que un día fue el Partido Comunista) se encuentran en los barrios adinerados[19]. El pasado diciembre, en el referéndum sobre la Constitución, las únicas zonas de Roma que votaron «Sí» al intento de Renzi de desdemocratizar la República fueron el centro histórico y Parioli, es decir, las dos zonas más ricas de la ciudad.

---

[17] I. Insolera, *Roma moderna*, cit., p. 305.
[18] Tras la caída del Muro de Berlín, el PCI se disolvió y pasó a llamarse Partito Democratico della Sinistra (PDS) en 1991, que a su vez se convertiría en Democratici di Sinistra (DS) en 1998, antes de su metamorfosis definitiva en el Partito Democratico (PD) en 2007, ya sin ninguna referencia a la izquierda [*sinistra*].
[19] Sobre las recientes tendencias electorales en Roma, véase el apéndice editado por Federico Tommasi en Walter Tocci, *Non si piange su una città coloniale*, Roma, 2015. Antes físico y hoy senador del PD, Tocci ejerció de consejero para el ayuntamiento de la ciudad entre 1985 y 1993 y, desde 1993 hasta 2001, como vicealcalde de Roma.

En otras palabras, la izquierda lideró en Roma la misma transformación urbana que en Estambul, casi al mismo tiempo, promovía un discípulo neoliberal de los *Chicago Boys*. Hasta 1983, los *gecekondu* fueron siempre considerados subversivos, cuando no directamente comunistas, a ojos del ejército turco y de los sucesivos gobiernos del *establishment*. Esto cambiaría en 1983, cuando el ejército permitió que un economista, Turgut Özal, presidiera el gobierno. Özal no solo declaró una amnistía total para los *gecekondu*, sino que extendió a sus habitantes títulos de propiedad sobre sus viviendas y sobre el terreno que ocupaban. A los nuevos propietarios se les dio a elegir entre vender la tierra a un promotor (a cambio de un pequeño capital y un apartamento en uno de los nuevos condominios) o, alternativamente, optar por construir hasta cinco plantas en su parcela y alquilar los metros cuadrados y los espacios comerciales que lograran extraer. Con la ley de Özal, ciudadanos que hasta ese momento habían sido refractarios, cuando no directamente revolucionarios, se convirtieron en propietarios de sus viviendas o en rentistas, y de esta forma se creó en Estambul y en sus alrededores una nueva pequeña burguesía. En Estados Unidos, los efectos mágicos de convertirse en propietario hacía tiempo que se conocían, y ya varios presidentes habían cantado las alabanzas a esta nueva categoría social. «Una nación de propietarios de su vivienda [...] es invencible», declaró Franklin Delano Roosevelt. Para Calvin Coolidge, «No se puede hacer mayor contribución a la estabilidad de la nación que la de crear un país de familias que sean dueñas de sus casas»[20]. En Roma el efecto fue el mismo. Las sucesivas administraciones, primero bajo Argan y luego bajo Petroselli, primero negociaron una «rendición honorable» ante la especulación del suelo, luego colaboraron con ella y, finalmente, se convirtieron en cómplices subalternos de la misma.

«Grandes acontecimientos»

Roma está dominada, no lo olvidemos, por cuatro poderes principales: la Administración pública italiana, la Iglesia católica, el sector inmobiliario y, por último, la industria turística, derivada del rico legado histórico-artístico de la ciudad. La relación del Ayuntamiento de Roma con el Gobierno central es la de un mendigo, que continuamente se golpea el pecho y suplica a las almas caritativas que paguen sus deudas y financien sus buenas obras. Pero la austeridad dictada por la Troika y por la

[20] Sobre las virtudes redentoras de la vivienda en propiedad, véase el capítulo titulado «Faith Can Also Move Banks», en mi estudio sobre Chicago, *The Pig and the Skyscraper*, Londres y Nueva York, 2002, pp. 127-140.

Alemania de Merkel ya no le permite al Estado ser tan generoso como antaño. Estos días Roma es la capital de un país que se encuentra al límite de sus fuerzas y de un Estado en caída libre. Cuatro de cada diez jóvenes italianos están en paro; el PIB ha apenas recuperado su nivel de hace quince años (valorado a precios constantes); entre 2004 y 2015, las matriculaciones universitarias cayeron un quinto, pasando de 335.000 a 270.000; el gasto en investigación e innovación –como porcentaje de la renta nacional– es menos de la mitad del alemán y austriaco y un tercio del sueco y el filandés; el analfabetismo ha vuelto y está creciendo; el país se desindustrializa y la productividad declina; según cálculos conservadores, el coste de la corrupción es de 60 millardos de euros al año, mientras que la evasión fiscal le cuesta al Estado otros 90 millardos. Por primera vez desde la guerra, la esperanza de vida de los italianos no se alarga, sino que se acorta.

Este país y este Estado ya no pueden ni quieren ser tan generosos como en el pasado, y aún menos desde que el M5S le ganó el Ayuntamiento al PD, que aún controla el gobierno del país. Esta es una de las razones –sin entrar a valorar a algunos de los turbios personajes en torno a Virginia Raggi, la nueva alcaldesa– por las que los recién llegados *grillini* se han encontrado con una especie de «misión imposible», ante la tarea de reparar una ciudad donde nada funciona, desde el transporte público hasta la recogida de basuras, pasando por la limpieza y el mantenimiento. Con una deuda de 17 millardos de euros (el equivalente a 6.000 euros por habitante), al nuevo ayuntamiento de la ciudad se le presentan desafíos que están perdidos de antemano.

Bien es cierto que la ciudad de Roma siempre ha estado endeudada. En la década de 1960, su deuda ascendía ya a 1,5 billones de liras, o el equivalente a 18 millardos de euros de hoy, que se corresponde más o menos con el nivel de deuda actual[21]. Sin embargo, por entonces no había una patología de la deuda: tanto es así que las Olimpiadas que se celebraron en Roma en 1960 fueron –al igual que las de la Ciudad de México en 1968 y las de Seúl en 1988– unos Juegos de los que nunca nadie llegó a saber el coste[22]. Con la llegada de la austeridad, mendigar ayuda al Estado para afrontar los gastos corrientes de la ciudad ya no es bien recibido, así que a la hora de pedir ayudas, se aprovecha la ocasión

[21] I. Insolera, *Roma moderna*, cit., p. 268.
[22] Véase el cuadro en *The Oxford Olympics Study 2016: Cost and Cost Overrun at the Games*, disponible en *ssrn.com*.

de los «grandes eventos»: el Mundial de Fútbol (1990), los Campeonatos Mundiales de Natación (2009) o los Años Santos (como los Jubileos de 1966, 1975, 1983, 1984, 2000, 2015-2016).

A lo largo y ancho del mundo, estos grandes eventos, y en particular los deportivos, siempre han sido, y continúan siendo, la mejor ocasión para hacer una fortuna mediante la megacorrupción. La ventaja que tienen los eventos de este tipo sobre otros grandes proyectos de construcción es la de ser, justamente, «eventos», es decir, tienen que cumplir con un plazo insuperable, ya que todo tiene que estar listo para la ceremonia de inauguración, o para cuando el árbitro toque el silbato. La sujeción a este tipo de plazo no es simplemente que permita la corrupción, sino que la hace inevitable, y a una escala impensable en proyectos de construcción de otra naturaleza. Todo el mundo sabe que la corrupción no se da solo, y ni siquiera principalmente, cuando los estadios y el resto de instalaciones se sacan a concurso (si es que se llegan a sacar), sino, sobre todo, cuando los costes iniciales son revisados al alza. Son, efectivamente, las revisiones –que hacen que el precio final suba como la espuma– la fuente de los mayores beneficios que provienen de la corrupción. Tras ganar el concurso con una oferta a precio de saldo, una compañía «descubrirá» a continuación, durante el curso de las obras, «imprevistos» insalvables, que multiplicarán por diez el presupuesto inicial. La increíble ventaja de los eventos deportivos es que los contratistas pueden siempre retrasar las obras justo el tiempo necesario para lograr cualquier incremento en el coste que deseen, con el argumento de que «no hay tiempo»: no hay tiempo para encargarle el trabajo a otro, ni tiempo para escrutar los imprevistos, ni tiempo para revisar las estimaciones, etcétera. «Cueste lo que cueste», literalmente, todo debe estar terminado dentro del plazo estipulado. Baste pensar en lo que fue el Mundial de 1990 en Roma: un desastre, simbolizado por lo que se suponía que iba a ser una nueva terminal para el aeropuerto de Fiumicino próxima a la estación de tren de Ostiense, que costó 350 millardos de liras (el equivalente a 350 millones de euros actuales) antes de convertirse, abandonada, en un refugio para mendigos. En 2012 fue recuperada por Oscar Farinetti –uno de los apoyos prominentes de Renzi–, con la idea de integrarla en la cadena de supermercados de alimentación de calidad más importante de Italia.

La corrupción como inmovilización

Podríamos seguir y seguir hablando de corrupción. Quizá un día deberíamos preguntarnos cómo es que, hasta donde alcanza la memoria, no ha habido una sola lucha contra la corrupción que haya tenido un resultado «de izquierda»: cómo es que, sin excepción, estas luchas siempre han terminado favoreciendo a la derecha. Una explicación para ello podría ser que toda campaña contra la corrupción lleva a una exigencia de que las transacciones económicas sean arrancadas de la esfera de la política y devueltas a la esfera de la economía, es decir, al capital. Y es que el poder económico y el poder político son fundamentalmente asimétricos: si bien es cierto que hay capitalistas que fundan dinastías políticas (los Kennedy, por ejemplo), nunca un político ha fundado una dinastía capitalista. Por supuesto, en todos los países hay corrupción. En algunos es ilegal, mientras que en otros es perfectamente legal. En Estados Unidos, el *lobbying* no es otra cosa que corrupción legalizada, como también lo es esa peculiar política del dinero a la que el Tribunal Supremo de aquel país dio su visto bueno en 2010, en su sentencia del caso *Citizens United v. Federal Election Commission*. A la inversa, decimos a veces que en Italia los casos de corrupción se destapan con más frecuencia que en otros países, porque nuestros magistrados son independientes del Gobierno (el Ministerio de Justicia carece de competencias en materia de promociones) y que, por lo tanto, están más inclinados a obligar a los burócratas a rendir cuentas.

Pero el verdadero problema de la corrupción italiana es que en otros países se corrompe a la gente para que haga cosas, mientras que en Italia se la corrompe para que *no* las haga. En España sale a la luz un escándalo tras otro, pero allí se ha construido una red de trenes de alta velocidad. La ciudad de Madrid tiene doce líneas de metro: Roma tiene dos y media. Barcelona es mucho menos opulenta que Milán, pero también tiene doce líneas de metro, mientras Milán posee solo cinco y, en este caso, sin la coartada romana de que la ciudad descansa sobre un inmenso yacimiento arqueológico. En Italia las obras públicas duran una eternidad, lo que permite que los presupuestos asciendan a los cielos. El caso de la autopista de Salerno a Reggio Calabria, construida en la década de 1960, es legendario. Contaba solo con dos estrechos carriles en cada sentido, sin arcenes ni espacios donde parar. En la década de 1970 se iniciaron las obras para convertirla en una autopista normal. En diciembre de 2016, después de solo cuarenta y seis años, se han terminado 375

kilómetros, y faltan todavía 69. Nos topamos también con el proyecto de colocar barreras flotantes para proteger la laguna de Venecia de las mareas, también conocido como Proyecto Moisés. Las obras comenzaron en 2003 y deberían terminar en 2018, pero no está nada claro que lo hagan. Entretanto, los costes han pasado de 3,4 millardos de euros a 5,5, y según todas las estimaciones terminarán superando los 10 millardos. Tampoco hay garantía alguna de que el proyecto sirva para algo.

En Roma, en la década de 1930 comenzaron las obras en la línea B del metro para conectar la estación de tren de Termini con el por entonces nuevo distrito en torno a la Exposición Universal de Roma de 1942, distrito que se suponía iba a ser una ciudad fascista modelo (aquella Expo se canceló por causa de la guerra). Las obras en esta línea se reanudaron en 1948 y en 1955 se abrió una primera ruta. La mayoría de las paradas en dicha ruta no se inauguraron hasta 1990 y la extensión final del EUR solo se completó en 2012, sesenta y cuatro años después. Entretanto, las obras en la línea A empezaron en 1964. Inaugurada por Petroselli en 1980, el último tramo se abrió en el 2000, treinta y seis años más tarde. La línea C, que se supone debe atravesar el centro histórico de la ciudad, se inició en 2007, y debería haberse terminado en 2013. En 2015 se abrieron las primeras veintiuna estaciones subterráneas; la estación próxima al Coliseo se ha dejado para 2023, y sobre las demás se está ahora discutiendo. Entretanto, los costes han pasado de un presupuesto original de 1,9 millardos de euros en 2001, a los 2,5 millardos cuando se firmó el proyecto, y a los 3,7 millardos en 2016. Si tenemos en cuenta otros costes potenciales (por ejemplo, los 1,1 millardos de euros en concepto de gastos suplementarios destinados a excavaciones arqueológicas), el coste final podría ascender a los 5,7 millardos de euros, es decir, un coste por kilómetro que dobla el de otras ciudades europeas. En total, se han invertido veintidós años en un proyecto que, de hecho, nunca se terminará.

Roma es la prueba de que unas leyes más duras no detienen la corrupción. Antes al contrario, la favorecen. En teoría, la legislación que protege el patrimonio cultural de Roma es draconiana; la Superintendencia de las Bellas Artes puede bloquear cualquier proyecto en el momento en que los obreros se topen con lo que los romanos llaman maliciosamente *un coccio*, un mero pedazo de arcilla. Un simple veto por parte de la Superintendencia puede dejar un proyecto en suspenso durante varias décadas. Sin embargo, ese mismo organismo fue incompetente

(o impotente) a la hora de prevenir la masacre del impresionante parque arqueológico de Via Appia[23]. En aquella ocasión se permitió a millonarios sin escrúpulos construir enormes villas y piscinas, desfigurando y destrozando ruinas milenarias. Cuando una ley es demasiado severa se vuelve inaplicable, haciéndose necesaria la intervención de un intermediario para suavizar sus aristas. Montesquieu dijo una vez que temía un régimen en el que un juez puede mostrar piedad, porque en un país así tu destino depende del capricho del magistrado. En su reciente novela *Títloi Telous* [*Hasta aquí hemos llegado*, 2015] el escritor griego Petros Màrkaris describe el sistema de la administración pública en Grecia: los proyectos más meritorios permanecen misteriosamente bloqueados (porque les falta un certificado, una firma, una autorización, una licencia o un mapa topográfico) hasta que alguien interviene, por supuesto previo pago, para resolver el impedimento y dar vía libre al proyecto. En esto, también, así como en la repulsiva fealdad de sus nuevos suburbios y en su irrelevancia geopolítica, Roma está empezando a parecerse cada vez más a Atenas.

Una ciudad con una compañía: el Vaticano

En cuanto a la Iglesia católica, que gobernó Roma durante aproximadamente quince siglos, su importancia es tan grande que ni se menciona. Incluso el estimable Walter Tocci ha escrito varios libros sobre Roma sin hablar del tema. Si le pides a los políticos en Roma que te den su opinión sobre la relación entre la ciudad y el Vaticano, la respuesta se parecerá a la que te dan en Estados Unidos cuando preguntas sobre la relaciones raciales, o en India sobre las cuestiones de casta: Vaticano, raza y casta son siempre problemas del pasado, que si un día fueron muy serios, «ahora se han resuelto, o casi». Sin embargo, desde una óptica planetaria, la relevancia de Roma consiste casi exclusivamente en el Vaticano. El Vaticano es la *company* de la que Roma es la *town*; el Vaticano es a Roma lo que General Motors a Detroit, o Krupp, a Essen. Roma es una de las pocas ciudades en el mundo que alberga dos sistemas de embajadas: cada país importante tiene en Roma una embajada ante el Estado italiano y otra ante la Santa Sede. En una discusión con Saskia Sassen sobre las «ciudades globales», a ella no le parecía que Roma, donde había pasado un tiempo como estudiante, pudiera considerarse global.

[23] Antonio Cederna, uno de los más apasionados defensores de los monumentos históricos romanos, escribió un memorable artículo sobre la materia: «I gangsters dell'Appia», *Il Mondo*, 8 de septiembre de 1953.

Yo le recordaba que la Iglesia católica podía considerarse como una de las mayores multinacionales del mundo, cuyo número de empleados –que asciende a 1.133.000 (421.000 religiosos y 712.000 monjas)– solo es superado por Walmart, McDonald's y Foxconn, y que el Vaticano opera como la sede de una red global que abarca los cinco continentes. Gracias a los Pactos de Letrán, firmados por Mussolini en 1929, la Iglesia católica obtuvo un minúsculo Estado propio (Ciudad del Vaticano, 0,44 kilómetros cuadrados, 836 habitantes) con todos los privilegios de la extraterritorialidad y con un régimen fiscal que clama al cielo.

Da la sensación de que la Iglesia católica lleva siglos en vías de extinción: a principios del siglo XIX, Stendhal creía que llegaría a presenciar su fin. Ese mismo declive se ha percibido durante cientos de años, pero, bien o mal, la Iglesia sigue manteniendo más de un millón de religiosos en el mundo, y nadie sabe a ciencia cierta cuántos cientos de millones de fieles (los nominales, los bautizados, son 1.300 millones, pero muchos de ellos, como el que escribe, son agnósticos cuando no ateos, y en todo caso no practicantes). Por lo tanto, no hay que subestimar la capacidad de supervivencia de la Iglesia. Stalin se equivocaba de lleno cuando preguntaba con sorna: «¿Y cuántas divisiones tiene el Vaticano?» (la respuesta, de hecho, se la daría el pontífice Karol Wojtyla al general Jaruzelski cuarenta años después). Por otra parte, nadie en Italia puede responder a la pregunta siguiente: «¿Qué propiedades posee la Iglesia católica?». Los cálculos que han hecho algunos periódicos son vagamente aproximados. En términos generales, se calcula que un quinto de todo el patrimonio inmobiliario italiano está a nombre de la Iglesia. En Italia, las propiedades eclesiásticas serían 115.000 (entre las que habría nueve mil escuelas y cuatro mil hospitales y centros de salud). Y un cuarto del patrimonio inmobiliario de la capital sería de la Iglesia. Sabemos a ciencia cierta que Propaganda Fide posee setecientos veinticinco edificios en la ciudad, mientras que APSA (Amministrazione del Patrimonio della Sede Cattolica) tiene 5.050 apartamentos[24]. Otras fuentes hablan de cincuenta monasterios, más de quinientas iglesias, veintidós conventos y cuatrocientos edificios que incluyen casas, seminarios, oratorios y cerca de cuarenta colegios[25]. Y este patrimonio sigue creciendo; solo en la ciudad de Roma, la Iglesia recibe aproximadamente ocho mil legados al año. En

[24] Corrado Zunino, «Palazzi, alberghi e ospedali. 2 mila miliardi di patrimonio quanto vale "Vaticano SpA"», *La Repubblica*, 17 de mayo de 2016.
[25] Lorenzo Salvia, «Case e palazzi per 4 miliardi: Ecco il "patrimonio" del Vaticano», *Il Corriere della Sera*, 17 de mayo de 2016; Gian Marco Chiocci, «Le case del Vaticano: tesoro da 115 mila proprietà», *Il Giornale*, 31 de mayo de 2010.

Italia, casi la totalidad de la sanidad privada que se ofrece en grandes clínicas u hospitales está controlada por el Vaticano, y prácticamente toda la educación privada es católica.

Hasta alrededor de 1980, el Vaticano era un agente económico directo en el mercado, activo en la especulación inmobiliaria, que mantenía una tradición que comenzó con la unificación de Italia, cuando grandes financieros conectados con la Iglesia empezaron a vender a especuladores algunos de los inmensos terrenos que las órdenes religiosas poseían en la misma ciudad o en el extrarradio. Pero luego llegaron los escándalos relacionados con el Banco Vaticano, con el IOR y con banqueros conectados con la Santa Sede, como era el caso de Michele Sindona[26]. Desde entonces las operaciones se han vuelto más discretas, pero no menos influyentes. La presencia del Vaticano vampiriza la ciudad, ya sea porque solicita una serie de intervenciones y obras públicas por las que no paga nada, en virtud del régimen de exención fiscal del que disfruta, o ya sea porque se asegura una buena tajada de los ingresos turísticos (la cuarta parte de los hoteles privados es de la Iglesia), a través de una actividad hotelera que se ejerce en los conventos que la crisis de las vocaciones ha dejado vacíos: Roma cuenta con doscientas noventa y siete, desde la Casa de Santa Brígida a las Hermanas Palatinas. La mayor parte de estos lugares no pagan impuestos inmobiliarios, ni siquiera el impuesto de la basura. Así, las Pequeñas Siervas de Cristo Rey, que en su web ofrecen «setenta y dos habitaciones a pocos pasos de la basílica de San Pedro, con aseos privados, televisión en color, wi-fi y un estupendo restaurante», han sido demandadas por el Ayuntamiento, que les exige la suma de 320.000 euros, mientras que con las Suore Oblate del Bambino Gesù hay un contencioso de 694.000 euros. Y la lista sigue[27].

En la *longue durée* de braudeliana memoria, uno de los daños más perniciosos que el Vaticano ha infligido a la ciudad de Roma es la persistencia de la cultura papal entre los funcionarios públicos que trabajan para la ciudad (poco importa, en este sentido, si proceden de otras regiones del país, porque todo el mundo «se romaniza» con bastante rapidez). Se trata de una cultura de funcionarios dóciles bajo una monarquía absoluta, el papado, contra la que protestar abiertamente era suicida, pero si uno se

[26] IOR: Istituto per le Opere di Religione. Sobre las finanzas de la Santa Sede, consúltese Gianluigi Nuzzi, *Vaticano SpA*, Milán, 2015.
[27] Sergio Rizzo, «Ogni 4 alberghi privati uno è della chiesa (ma il 40% non paga l'Imu)», *Il Corriere della Sera*, 14 de agosto de 2015.

acercaba a ella desde el ángulo correcto presentaba un rostro con todo benévolo, aunque naturalmente hipócrita. Esta autoridad era a menudo distraída y no demasiado meticulosa, partidaria en la práctica del «ocúpate solo de tus asuntos» y del «no me pises y yo no te pisaré a ti». El resultado es una Administración pública dominada por una especie de *omertà* laxa, un código de compromiso que prefigura el famoso pacto brezhneviano en la Unión Soviética: «Hacen como que nos pagan y nosotros hacemos como que trabajamos». Esta cultura lleva no solo a la ineficiencia generalizada, sino también a la corrupción endémica desde abajo, desde el guardia urbano que entra en una tienda y no paga lo que se lleva, hasta los robos de los grandes directivos con abultadas cuentas corrientes en paraísos fiscales, donde transfieren las cantidades que se embolsan y para las que el italiano dispone de una plétora de sinónimos: *bustarelle*, *mazzette*, *tangenti*, *pizzo*. Con su inercia y su corpachón mórbido, la máquina burocrática romana ha demostrado ser irreformable y el mayor obstáculo contra cualquier tentativa de cambiar la vida ciudadana.

En este sistema de «sabotaje pasivo», los sindicatos del sector público han jugado un papel aún más nefasto, porque la tutela de los derechos de los trabajadores se ha transformado en una defensa con uñas y dientes de los privilegios corporativos, del absentismo, en una especie de sindicalismo clerical. Baste pensar que de los seis mil trescientos guardias urbanos con que cuenta la ciudad, solo trescientos operan en las calles al mismo tiempo (tal y como denunció en su día el entonces alcalde Ignazio Marino). En la compañía municipal de transporte público (ATAC), la tasa de absentismo supera el 15 por 100, es decir, más del doble que el de otras empresas de transporte. Cada día, de sus seis mil quinientos conductores, al menos novecientos no se presentan al trabajo. En agosto, el porcentaje sube hasta representar un quinto del total[28]. Para completar el cuadro, hay más de seiscientos conductores que han obtenido certificados médicos que los exoneran de ponerse al volante, así que en su lugar hacen un trabajo de oficina.

Una brisa proveniente de la anglosfera

Estas dependencias viscosas han ofrecido una coartada al viento ideológico blairiano-clintoniano, que, durante la década de 1990, sopló con

[28] Riccardo Tagliapietra, «ATAC: il record dell'assenteismo. Ogni giorno a casa 1.400 persone», *Il Messaggero*, 26 de febrero de 2014.

fuerza sobre la izquierda romana. En 1993, por primera vez en la historia italiana, los alcaldes fueron elegidos directamente por los votantes mediante elecciones a dos vueltas. En Roma venció la coalición de centroizquierda dirigida por Francesco Rutelli. Su vicealcalde, Walter Tocci, expresaba a las claras cuál era su filiación cultural:

> Adoptamos con determinación los criterios y los objetivos del *New Public Management* de origen anglosajón, que pretendía introducir las prácticas de gestión del sector privado en la Administración pública. Bajo la influencia cultural de la política clintoniana-blairiana, estábamos convencidos de que la competencia obligaría a la Administración a modernizarse y de que el mercado detonaría los peñascos de la burocracia[29].

Como las instituciones municipales responsables del transporte, de la limpieza urbana, de la recogida de basuras, del mantenimiento de parques y jardines, de los asuntos culturales y de la recepción de inmigrantes habían demostrado ser ineficientes e inamovibles, era fuerte la tentación de privatizarlas, y de poner su gestión en manos de cooperativas, que además podrían ser de izquierda. Quedaba aquí patente la ingenuidad, cuando no directamente la ceguera, de la gente de la izquierda italiana, que se cayó del guindo cuando se descubrió que esas cooperativas operaban hombro con hombro con un turbio personaje fascista, con influencia en la *malavita* romana, y uno de los líderes del llamado escándalo de «Mafia Capitale». En realidad, las cifras que se movieron en este asunto no eran gran cosa (algunas decenas de millones de euros), si se comparan con las sumas que se manejan en los grandes proyectos inmobiliarios o de transportes de la ciudad (por ejemplo, los 6 millardos de euros de la línea C del metro).

En 2001, Rutelli se presentó a las elecciones generales como líder del centroizquierda, solo para ser barrido por Berlusconi. Fue reemplazado como alcalde por Walter Veltroni, una estrella del antiguo Partido Comunista que gobernó la ciudad durante los siete años siguientes, él también sirviéndose de Roma como lanzadera para su candidatura a primer ministro con la última versión del PCI –hoy Partido Democrático– en 2008, cuando fue también severamente derrotado por Berlusconi, antes de retirarse a escribir un demasiado efusivo prefacio para la edición italiana del libro de Obama, *The Audacity of Hope*. Durante estos años, uno de los corolarios del viento clintoniano-blairiano fue el entusiasmo con que los administradores de los entes locales italianos (y en particular,

[29] W. Tocci, *Non si piange su una città coloniale*, cit., p. 16.

del Ayuntamiento de Roma) invirtieron en derivados, *swaps*, paquetes de acciones exóticos, tanto en Bolsa como *over the counter*, esto es, en mercados extrabusátiles (de la misma manera que Goldman Sachs actuaba de consultor en materia de deuda para el Estado griego). Se veía, también aquí, la euforia del arribista, del *parvenu* que, tras acceder por fin al salón más exclusivo de la élite, cree poder competir de tú a tú con los magos de las finanzas mundiales. Asimismo, en lo que atañe a los proyectos inmobiliarios, la izquierda en el poder, entre 1993 y 2007 (y luego, de nuevo, entre 2013 y 2015), ha dado muestras de ese mismo exceso de confianza en la propia capacidad de gobernar fuerzas que han demostrado ser más grandes que ella. Esa confianza se transparentaba ya en el nombre de su primer plan urbanístico: el «Piano delle certezze», nada menos. En este plan se esbozaba otra innovación conceptual producida por la «imaginación burocrática» (como le gustaba decir a Benedict Anderson), que es la noción de «compensación urbanística», y que funciona de la siguiente manera. Si a un constructor se le prohíbe edificar tantos metros cuadrados en una determinada zona urbana (por culpa de las regulaciones paisajísticas, arqueológicas o de otra índole), dicho constructor será compensado con el permiso de construir en otra zona y si el precio del suelo en esta otra zona fuera inferior, los metros cuadrados de superficie edificable aumentarán: al doble, o quizá incluso al triple. La primera vez que se aplicó este sistema de la «compensación urbanística» a un constructor al que se le había denegado el permiso para edificar 1,8 millones de metros cuadrados en Tor Marancia, cerca de un parque arqueológico, se le compensó con 5 millones de metros cuadrados más allá del Grande Raccordo Anulare [GRA] (la vía de circunvalación en torno a Roma, de 68 kilómetros de longitud y oficialmente equivalente a la londinense M25, que mide 188 kilómetros).

En la práctica, el principio de compensación demostró tener un efecto perverso e imprevisto. Los constructores se vieron de hecho empujados a edificar cada vez más lejos del centro de Roma, y más allá del GRA. Entonces el Ayuntamiento trató de ennoblecer los nuevos espacios urbanos con el sobrenombre de «nuevas centralidades», que habrían debido ser propiamente *edge cities*, y que el diccionario Webster define como «suburbios que han desarrollado su base política, económica y comercial independientemente de la ciudad central». Pero rebautizar los horrores que proliferaban como hongos en torno al GRA en nada cambió su naturaleza: ninguna empresa quería trasladarse a esas áreas desoladas, de modo que los edificios de oficinas siguieron vacíos, ni vendidos

ni alquilados. Al cabo de un tiempo, los promotores acudieron de nuevo ante las autoridades municipales, en busca de un permiso para reconvertir las oficinas vacías en viviendas. La «nueva centralidad» pasó a ser otro ejemplo de neolengua orwelliana y las áreas en cuestión se reconvirtieron en típicas ciudades dormitorio, equipadas, a lo sumo, con grandes centros comerciales: de hecho, los años de ayuntamientos de izquierda presenciaron una explosión de centros comerciales en Roma. Durante los cinco años siguientes, cuando el Ayuntamiento cayó en manos de la derecha (2008-2013), la misma tendencia no solo continuó, sino que se exacerbó. A escala nacional, el Gobierno de Berlusconi, en uno de sus últimas iniciativas, aprobó un plan de vivienda que daba el visto bueno al llamado *federalismo demaniale*, que no era otra cosa que la transferencia a los entes locales de bienes de propiedad estatal. En la primera lista, 17.400 edificios pasaron a ser de titularidad municipal, por lo que, con carácter inmediato, pasaban a ser vendibles para lograr fondos. «Es evidente que las finanzas locales se han visto sistemáticamente mermadas por los recortes en el gasto público durante los últimos veinte años. La ley sobre la alienación de los bienes públicos, por lo tanto, es una especie de instigación a delinquir: los ayuntamientos se han visto de hecho constreñidos a vender bienes preciosos con el único fin de mantener los servicios esenciales en funcionamiento»[30]. Y para poder embolsarse sumas mayores, se ven obligados a permitir más edificaciones, más cemento.

El resultado final de toda esta actividad urbanística y de esta normativa es devastador: la ciudad que a los turistas les parece siempre igual a sí misma, en realidad se ha transformado en una incontrolada expansión urbana, que se desperdiga sobre una superficie enorme. El Ayuntamiento de Roma comprende un área total de 1.287 kilómetros cuadrados (es el ayuntamiento más extenso de Europa), de los cuales 550 están edificados, mientras que el centro histórico cubre solo 15 kilómetros cuadrados (el centro representa tan solo una cuadragésima parte del total). Darse una vuelta por esta caótica dispersión urbana es adentrarse en el horror, con barrios sin fin de bloques al más puro estilo de la década de 1970 (los italianos, que están tan orgullosos de su propio sentido del *design*, no han inventado en este punto nada nuevo en medio siglo). Pero esa expansión urbana incontrolada ha vuelto imposible planificar una política de transporte público, dado que la baja densidad de población la vuelve insostenible desde el punto de vista económico. Este es el motivo que hace que Roma sea una de las ciudades europeas con

[30] P. Berdini, *Breve storia dell'abusivismo*, cit., pp. 13-14.

la peor ratio automóvil/habitante: por cada cien habitantes, niños, enfermos y ancianos incluidos, existen casi ochenta y cinco vehículos a motor, de los cuales setenta y uno son coches y catorce motocicletas y *scooters*.

Planificar haciendo

Pero este desarrollo del *hinterland* evidencia otra paradoja. Mientras la población se estanca, siguen construyéndose frenéticamente nuevos edificios, a pesar de lo cual crece el número de familias que no encuentran casa. Esta desproporción no puede explicarse simplemente por el hecho de que las dimensiones de los núcleos familiares se han reducido (una tendencia que se observa en todo Occidente), y que, por lo tanto, una población que se mantiene igual se subdivide en un número mayor de núcleos, por lo que tiene necesidad de más viviendas. Según Legambiente, hay en Roma más de 250.000 viviendas vacías, que son tantas como ciudadanos hay que no logran encontrar casa. El hecho es que el mercado inmobiliario, abandonado al *laissez-faire*, no es en absoluto racional. Lo que falta en Roma son alojamientos a buen precio para los jóvenes y los inmigrantes (viven en Roma más de 500.000 extranjeros, de los cuales hay una parte en situación irregular: ellos son los que han reequilibrado una balanza demográfica deficitaria)[31]. Un camarero de bar o un dependiente de una tienda, que gana alrededor de 800 euros al mes, no puede asumir un alquiler de 700-800 euros; incluso si en una pareja ingresan cada uno esta cantidad, tienen que vivir en casa de sus respectivos padres. Italia es el país europeo con la mayor proporción de personas menores de 35 años que viven con sus padres, incluso si tienen trabajo: nada menos que el 66 por 100, versus el 34 por 100 en Francia y Reino Unido, y el 15 por 100 en Dinamarca. Los *palazzinari* construyen apartamentos que pocos pueden permitirse: la oferta no se corresponde con la demanda. Entretanto la vivienda nueva, aunque vacía, funciona como garantía para más préstamos bancarios, para que los promotores se embarquen en nuevos proyectos urbanísticos. Las ciudades satélite siguen proliferando como setas a pesar de la crisis financiera, en medio de una completa rendición por parte de la izquierda ante la especulación inmobiliaria. Y la parábola que encarnan dos de estos

---

[31] Dado que los extranjeros suponen el 17 por 100 de la población, Roma es una de las ciudades más multiétnicas de Italia, lo que por un lado ha inspirado un fuerte repunte del fascismo en la ciudad y, por otro, el florecimiento de una literatura escrita por minorías étnicas, de la cual un exponente ilustrativo es la novela del escritor argelino Amara Lakhous, *Scontro di civiltà per un ascensore di Piazza Vittorio*, Roma, 2006.

magnates, como son Silvio Berlusconi y Donald Trump, dice mucho del poder del sector de la construcción, incluso en economías avanzadas (el crac de 2008 fue en primer lugar una crisis hipotecaria, antes de convertirse en una crisis bancaria).

A escala local, los alcaldes y los municipios de Italia tienen que acometer toda una multitud de tareas (mantener el transporte público, las escuelas y guarderías, el alumbrado y la limpieza urbana, la recogida de basuras, etcétera), pero solo tienen una única potestad real que pueden usar como palanca o recurso para desempeñarlas, y que consiste en la facultad de decidir *si* un determinado terreno es edificable y *en qué medida*. De ahí que la tentación de hacer tratos con los especuladores inmobiliarios sea necesariamente fuerte. Sin embargo, en el caso de los ayuntamientos de izquierda romanos entre 1993 y 2007, esta predisposición benevolente se fue transformando poco a poco en una abdicación total de toda responsabilidad en la planificación del desarrollo de la ciudad. Tanto fue así que el nuevo eslogan urbanístico de aquella fase se parecía al verso de una poesía barroca: «*pianificar facendo*» (sin la *e* final del primer verbo la frase suena como el famoso verso de Giovanbattista Marino «*È del poeta il fin la meraviglia*»): «planificar haciendo», es decir, un oxímoron, ya que uno no puede planificar mientras está en el proceso de acometer. En la práctica, por supuesto, lo que *pianificar facendo* significaba era la disposición a ceder ante cualquier presión, a dar por buenos los fatídicos «imprevistos» que los contratistas invariablemente alegan. Y mientras los equipos de gobierno han ido sucediéndose con los años, los nombres de los poderosos *palazzinari* no han variado, pues siguen siendo los mismos que reinaron durante la edad de oro del hormigón, que fue la década de 1960: Caltagirone, Toti, Armellini, Parnasi, Mezzaroma, Cinque, Salini, Caporlingua, Bonifaci, Scarpellini, Navarra[32].

Impresiona realmente ver a políticos que comenzaron su carrera en el Partido Comunista y que se declaraban seguidores de Lenin, terminar representando electoralmente a los «buenos barrios» de la capital y, en connivencia con los tiburones de las inmobiliarias, tolerando la corrupción del propio aparato administrativo, renunciando a cualquier proyecto, incluso a las más modestas tentativas de racionalización,

[32] Lirio Abbate y Gianfrancesco Turano, «Roma: ora e sempre palazzinari», *L'Espresso*, 3 de febrero de 2016. Uno de los diarios más influyentes de Roma, *Il Messaggero*, es propiedad de uno de los mayores operadores inmobiliarios de la ciudad, Franco Caltagirone.

de modernización. Decepcionada por la izquierda, que tan mal ha gobernado durante tantas décadas, en 2016 su base electoral viró masivamente hacia la candidata a alcaldesa por el M5S, Virginia Raggi, que se hizo con el 67 por 100 de los votos en la segunda ronda, aplastando a su oponente del PD. Pero también las esperanzas puestas en este cambio han resultado vanas. Tras empezar vetando con valentía, y contra las intensas presiones provenientes del régimen de Renzi, la pesadilla amenazante de otros Juegos Olímpicos en Roma, la alcaldesa cedió a las pretensiones de los promotores inmobiliarios, que planean construir un vasto complejo de oficinas y centros comerciales en torno al nuevo estadio de fútbol para el AS Roma, un plan contra el que ella misma había hecho campaña antes de llegar a un acuerdo con los *palazzinari*. El director de planificación urbanística, Paolo Berdini, se había opuesto al proyecto; así que se aprovechó un desliz por su parte para obligarlo a dimitir. La claudicación en el tema del estadio se convirtió en un símbolo de la rendición incondicional a la especulación. Si los depredadores habían demostrado ser demasiado fuertes para el PCI, un partido cuyos cuadros se habían formado en las tradiciones del PCUS, ¿cómo no iban a devorar a un grupo improvisado e inexperto como era el Ayuntamiento gobernado por el M5S? Por su parte, la burocracia mastodóntica, que se había resistido ante las administraciones de izquierda con todo el peso de un paquidermo, su sabotaje pasivo cuando llegaron los *grillini* no hizo sino aumentar, llegando al extremo de negarse a recoger la basura de las calles. Con todo, tras la parálisis y el fracaso de la administración del M5S, que continúa, yace la prolongada derrota cultural de la izquierda italiana en Roma, que demostró ser incapaz no solo de proyectar un futuro diferente para la ciudad, sino incluso de gestionar los propios cambios que se estaban produciendo. En Roma, efectivamente, la izquierda italiana parece estar también en ruinas, más incluso que los vestigios de la ciudad antigua. Y esa derrota también se deja sentir en un ámbito en el que la ciudad eterna debería ser imbatible: el turismo.

El desierto de lo viejo, la flora silvestre de lo nuevo

A decir de aquellos que aman las estadísticas, Roma tiene más de dos mil quinientos lugares de interés y posee más monumentos que ninguna otra ciudad del mundo. Sin embargo, el volumen de turistas que recibe del extranjero es decepcionante, por decirlo suavemente. En 2015 las llegadas internacionales a Roma fueron 7,2 millones, frente a las 17,6 millones de París, las 18,6 de Londres y las 11,7 de Estambul y ello no

obstante el golpe que ha sufrido el turismo parisino por los atentados de enero y noviembre de 2015, un golpe del que Roma, a diferencia de Londres, no se ha beneficiado en absoluto[33]. No solo eso: con una estancia media por visitante de 2,3 días, Roma queda bastante lejos de otros destinos turísticos (6,2 días en Londres, 6,1 en París). Lejos quedan los días de Goethe, quien, a la pregunta de cuánto tiempo se necesita para visitar Roma, respondía: «Yo llevo aquí dos años y aún no lo he visto todo». Pero la peor estadística de todas es la que nos dice que, a diferencia de Londres y París, pocos son los turistas que vuelven a Roma una segunda o tercera vez.

En términos de *marketing*, Roma se vende mal, en parte porque no sabe cómo venderse y en parte porque es un producto defectuoso. Más allá de los monumentos famosos, que se cuentan con los dedos de una mano (San Pedro, el Coliseo, la Fontana di Trevi, la Piazza di Spagna, la Piazza Navona), Roma no es capaz de suscitar la curiosidad de los visitantes. Hay lugares extraordinarios y desconocidos, como los lagos volcánicos, a menos de veinte kilómetros de distancia; pero quedan fuera de los circuitos turísticos también joyas situadas dentro de la ciudad, como por ejemplo la basílica de Sant'Agnese extramuros, con su cripta y sus catacumbas, o el extraordinario museo de la central de Montemartini, donde las esculturas clásicas se exponen en una antigua planta termoeléctrica, que aún conserva las enormes turbinas de acero y hierro fundido. Pero estos lugares quedan reservados para la población local, sobre todo porque el transporte público es de una ineficiencia monstruosa: en hora punta, los autobuses y los vagones de metro se asemejan a los trenes en la India, con la gente entrando a empujones, y ello porque pasan, como se dice en Roma, *ogni morte di papa* [con la misma frecuencia que la muerte del papa]. ATAC, la compañía pública de transportes, tiene una deuda de 1,3 millardos de euros, razón por la cual sus autobuses son antediluvianos y se rompen constantemente (cada día, de mil novecientos veinte vehículos, novecientos se quedan en el garaje: las reparaciones llegan a las 190.000 al año, sobre todo por culpa de los socavones en la calzada). El interior de la estación de metro en Piazza di Spagna parece un tugurio cochambroso y de mala fama, cerca de la Via dei Condotti, que es el equivalente romano a la parisina Faubourg Saint-Honoré, o a

[33] Para Roma: Antonio Pezzano, «Roma e Milano: I conti sui turisti non tornano», *officinaturistica.com*, 13 de octubre de 2016; para París: «Number of international overnight visitors to Paris from 2010 to 2016», *statista.com*; para Londres: «London visitor numbers hit record level», *The Guardian*, 20 de mayo de 2016; para Estambul (datos de 2014): *Hurriyet Daily News*, 8 de junio de 2015.

la londinense Regent Street. No es precisamente buena la publicidad que hace de la ciudad la suciedad e inmundicia que se amontona en sus calles, también en las céntricas: se multiplican las fotos de jabalíes y cerdos que vienen a hurgar en los cubos de basura. El reciclaje en Roma es una broma; la ciudad exporta sus desechos a Alemania.

Así las cosas, los turistas se amontonan en unas pocas calles del centro histórico, donde los restaurantes son pésimos (antaño en Roma era difícil comer mal; ahora lo difícil es comer bien), y donde todo es caro e inhóspito. A diferencia de España, Italia en general y Roma en particular no han desarrollado una cultura turística: la actitud es la de exprimir al máximo al turista («*tanto non torna*») [«total, no va a volver»]. Es esta una cultura de la *sola* (el timo, el pufo, el chanchullo), como se dice en dialecto romano. Por añadidura, los turistas tienden a encontrarse solo con otros turistas, porque el centro de Roma está vacío de todo lo demás. En 1950, los habitantes del centro histórico (dentro de la muralla Aureliana en la orilla izquierda del Tíber, y de la muralla Janiculense, en la orilla derecha) sumaban 371.000. En 1961, la cifra había caído a los 242.000; en 1971, a 167.000; en 2001, a 111.000; y en 2012, no pasaban de los 85.000[34]. El vaciamiento es una característica común a todas las ciudades turísticas, que, al convertirse en ciudades-museo, están destinadas a una larga agonía y al embalsamamiento[35]. Pero en Roma este vaciamiento es más dramático que en otros lugares, por causa de la crisis económica y del nivel insostenible de los alquileres, con unos salarios en recesión.

De esta forma, la ciudad ha quedado dividida en una minúscula y cochambrosa *disneylandia* histórica (el Imperio romano, la Roma barroca, etcétera), rodeada de una moderna aglomeración horrible, enorme y disgregada, donde transcurre la incómoda existencia de millones de romanos, que tan bien describe el laureado documental de Andrea Segre *Magari le cose cambiano*, que nos cuenta la historia de la «nueva centralidad» del Ponte di Nona. Pero esta Roma *real* es una total desconocida a ojos de los visitantes, que ignoran todo lo nuevo que se mueve en la escena artística romana, como son los murales de famosos *street artists* sobre las fachadas de los bloques de viviendas en el extrarradio de Tor Marancia, o el MAAM (acrónimo de Museo dell'Altro e dell'Altrove di Metropoliz), en la periferia oriental: una antigua fábrica porcina y matadero, ocupado en 2009 por cerca de sesenta familias sin

[34] I. Insolera, *Roma moderna*, cit., p. 280, nota 4; *La Repubblica*, 30 de junio de 2013.
[35] Véase mi artículo «UNESCOcidio», *NLR* 88, julio-agosto de 2014, pp. 52-59.

hogar (italianas, peruanas y ucranianas, algunas romaníes), que desde 2012 alberga en muchos de sus inmensos espacios (un total de dos hectáreas) importantes esculturas y pinturas. La presencia de esta colección hace imposible la expulsión de sus ocupantes, y se pone así de paso un palo en la rueda a los proyectos de especulación inmobiliaria de uno de los mayores promotores de Roma, Salini, S.L.

Donde está lo viejo no nace lo nuevo, y lo nuevo florece lejos de lo antiguo. Por eso, la trayectoria que ha seguido la ciudad desde 1945 ha barrido aquella profundidad de todo lugar espacial, aquella estratificación de lo no contemporáneo que todavía Sigmund Freud consideraba la característica única de Roma:

> Tomemos como ejemplo la evolución de la Ciudad Eterna. Los historiadores nos enseñan que el más antiguo recinto urbano fue la Roma *quadrata*, una población empalizada en el monte Palatino. A esta primera fase siguió la del Septimontium, fusión de las poblaciones situadas en las distintas colinas; más tarde apareció la ciudad cercada por el muro de Servio Tulio, y aún más recientemente, después de todas las transformaciones de la República y del Primer Imperio, el recinto que el emperador Aureliano rodeó con sus murallas. No hemos de perseguir más lejos las modificaciones que sufrió la ciudad, preguntándonos, en cambio, qué restos de esas fases pasadas hallará aún en la Roma actual un turista al cual suponemos dotado de los más completos conocimientos históricos y topográficos. Verá el muro aureliano casi intacto, salvo algunas brechas. En ciertos lugares podrá hallar trozos del muro serviano, puestos al descubierto por las excavaciones. Provisto de conocimientos suficientes –superiores a los de la arqueología moderna–, quizá podría trazar en el cuadro urbano actual todo el curso de este muro y el contorno de la Roma *quadrata*; pero de las construcciones que otrora colmaron ese antiguo recinto no encontrará nada o tan solo escasos restos, pues aquéllas han desaparecido. Aun dotado del mejor conocimiento de la Roma republicana, solo podría señalar la ubicación de los templos y edificios públicos de esa época. Hoy, estos lugares están ocupados por ruinas, pero ni siquiera por las ruinas auténticas de aquellos monumentos, sino por las de reconstrucciones posteriores, ejecutadas después de incendios y demoliciones. Casi no es necesario agregar que todos estos restos de la Roma antigua aparecen esparcidos en el laberinto de una metrópoli edificada en los últimos siglos del Renacimiento. Su suelo y sus construcciones modernas seguramente ocultan aún numerosas reliquias. Tal es la forma de conservación de lo pasado que ofrecen los lugares históricos como Roma. Supongamos ahora, a manera de fantasía, que Roma no fuese un lugar de habitación humana, sino un ente psíquico con un pasado no menos rico y prolongado, en el cual no hubiere desaparecido nada de lo que alguna vez existió, y donde junto a la última fase evolutiva subsistieran todas las anteriores. Aplicado a Roma, esto significaría que en el Palatino habrían de levantarse aún, en todo su porte primitivo, los palacios imperiales y el Septizonium de Septimio

> Severo; que las almenas del Castel Sant'Angelo todavía estarían coronadas por las bellas estatuas que las adornaron antes del sitio por los godos, etcétera. Pero aún más: en el lugar que ocupa el Palazzo Caffarelli veríamos de nuevo, sin tener que demoler este edificio, el templo de Júpiter Capitolino, y no solo en su forma más reciente, como lo contemplaron los romanos de la época cesárea, sino también en la primitiva, etrusca, ornada con antefijos de terracota. En el emplazamiento actual del Coliseo podríamos admirar, además, la desaparecida Domus Aurea de Nerón; en la Piazza della Rotonda no encontraríamos tan solo el actual Panteón como Adriano nos lo ha legado, sino también, en el mismo solar, la construcción original de M. Agrippa y, además, en este terreno, la iglesia Maria sopra Minerva, sin contar el antiguo templo sobre el cual fue edificada. Y bastaría con que el observador cambiara la dirección de su mirada o su punto de observación para hacer surgir una u otra de estas visiones[36].

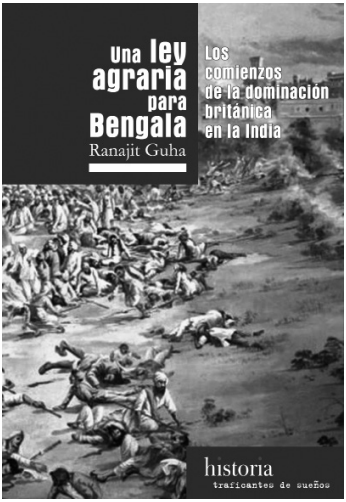
Así era como Freud comparaba la estratificación de la experiencia psíquica del ser humano con los estratos arqueológicos de Roma, y la presencia subterránea de edificios preexistentes, a los recuerdos ocultos de la infancia. Hoy aquella estratificación de lo no-contemporáneo, de la que hablaba Freud, el visitante solo la puede captar lejos del centro, allí donde se desenvuelve la existencia humana real. Por ejemplo, en Tor Pignattara, a cinco kilómetros al este del Coliseo, en medio del tráfico desordenado de la Via Prenestina se yergue un sepulcro del siglo II d. C. A su lado se extienden las catorce hectáreas de una fábrica abandonada de seda artificial (rayón) que perteneció a Snia Viscosa, con filas de edificios en ruinas y áreas vegetales asilvestradas. Aquí el propietario del terreno, un tal Pulcini, quería construir un parking subterráneo de varias plantas. Algunos trataron de disuadirlo, porque debajo hay un acuífero. Haciendo caso omiso, el promotor siguió adelante con la obra, y al perforar brotó tanta agua (agua que por añadidura era con gas o, como se dice en dialecto romano, *acqua bullicante*) que se formó un bonito lago que puede incluso verse en Google Earth (buscar al norte de «Largo Preneste Roma»). El laguito es hoy un lugar al que acuden los habitantes a hacer picnic, fiestas de barrio y a que jueguen los niños. Y, como es lógico, los vecinos lo defienden con uñas y dientes de las persistentes ambiciones del promotor. De cuando en cuando se ven zorros, y la flora silvestre crece junto a las tuberías de agua, las torres del extrarradio y el antiguo sepulcro[37].

---

[36] Sigmund Freud, *El malestar de la cultura*, Biblioteca libre Omegalfa, *www.omegalfa.es*, pp. 8-9.

[37] Los grupos de rap Assalti Frontali e Il Muro del Canto produjeron un vídeo titulado *Il Lago che combatte* (en YouTube), donde se cuenta toda la historia junto al lago.

traficantes de sueños
www.traficantes.net
C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



Una ley agraria para Bengala
Los comienzos de la dominación británica en la India

Ranajit Guha

Entre las décadas de 1750 y 1760, Inglaterra aseguró su dominio sobre la India. La provincia más rica, Bengala, perdió en poco tiempo su antiguo esplendor, sepultada bajo el gobierno y el monopolio de la Compañía de las Indias Orientales. En este volumen, Ranajit Guha analiza las propuestas de una nueva generación de gobernantes; presenta un minucioso estudio sobre la genealogía y las contradicciones de sus ideas y prejuicios, basados en las principales corrientes del pensamiento inglés y francés de la época.

Colección: Historia 18
PVP: 22 €

El feminismo es para todo el mundo

bell hooks

Los medios conservadores presentan a las feministas como mujeres antihombres, siempre enfadadas. Pero muy al contrario, el feminismo ha logrado mejorar la vida de todas las personas. Gracias al feminismo, todos vivimos de forma más igualitaria: en el trabajo y en casa, en nuestras relaciones sociales y sexuales. Gracias al feminismo, la violencia doméstica ya no es un secreto, se ha normalizado el uso de anticonceptivos y todos somos un poco más libres.

Colección: mapas 47
PVP: 12 €